

# Dios y el hombre en el pensamiento de Juan Pablo II

Matías García Gómez

No resulta fácil para la mayoría de las personas —incluso muy instruidas— la lectura de los grandes documentos de Juan Pablo II. Todo el encanto y capacidad de comunicación que tiene este papa cuando habla a las multitudes se trueca en un estilo oscuro y difícil en la mayoría de sus grandes escritos y, en particular, en sus encíclicas. Ello no quiere decir que no se trate de documentos enormemente interesantes, en cuanto a su contenido, sino que —en cuanto a la forma— resultan enojosos y difíciles, al estar escritos en un estilo atormentado, difuso, poco ordenado y con párrafos muy largos.

Este artículo tiene únicamente como objetivo sintetizar el pensamiento de Juan Pablo II sobre Dios y sobre el hombre en esos grandes documentos <sup>1</sup>.

## La antropología de Juan Pablo II

Comencemos con el **hombre**. Posiblemente el rasgo más característico de la antropología, es decir, de la concepción del hombre en Juan Pablo II, consiste en su radical e incluso apasionada, **afirmación de la grandeza y dignidad de la persona humana** o, más exactamente, de la grandeza y dignidad de cada hombre y mujer concreto e histórico, en su irrepetible realidad humana.

En efecto, como él mismo nos dice en la **Redemptor hominis**, no se trata del hombre en abstracto, sino que «se trata precisamente de cada hombre de

(1) Citaremos sus tres grandes encíclicas utilizando las siguientes siglas: **Redemptor hominis**, RH; **Dives in misericordia**, DM; **Laborem exercens**, LE.

este planeta, en esta tierra que el Creador entregó al primer hombre, diciendo al hombre y a la mujer: 'henchid la tierra y sometedla'. Se trata pues, **de cada hombre y de cada mujer**, «en toda su irreplicable realidad del ser y del obrar, del entendimiento y de la voluntad, de la conciencia y del corazón. El hombre, en su realidad singular (porque es persona), tiene una historia propia de su vida y, sobre todo, una historia propia de su alma». Cada uno de estos hombres y mujeres, a pesar de estar sujetos «a tantas y tan diversas necesidades de su cuerpo, de su existencia temporal», escriben —a partir de la apertura de su espíritu— esa «historia suya personal, por medio de numerosos lazos, contactos, situaciones, estructuras sociales que lo(s) unen a otros hombres: y esto lo hace(n) desde el primer momento de su existencia sobre la tierra» (RH 14).

a) Pues bien, refiriéndose a cada uno de estos hombres y mujeres concretos, con sus biografías e historias irreplicables —lo primero que afirma es papa es que el ser humano es siempre una persona y una «imagen de Dios», entendiéndolo bajo esas expresiones «un ser inteligente y subjetivo, capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse en sí mismo» (LE 6); un ser, por tanto, «irreducible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana» (Discurso en Puebla I,9). El hombre es, finalmente, la única criatura de este mundo que tiene pleno sentido en sí misma o —como dice hermosamente la **Redemptor hominis**— «la única criatura que Dios ha querido para sí misma» (RH 13). Aquí se fundamenta su grandeza y su inamisible dignidad.

b) A pesar de lo dicho, la antropología del papa es también una antropología enormemente realista. El sabe que el hombre es grande, que siempre es grande, pero sabe también que es débil —que siempre es débil— y que su dignidad está terriblemente amenazada por enemigos exteriores y, sobre todo, por enemigos interiores. Sabe además que el hombre sucumbe, con frecuencia, frente a dichas amenazas, aunque sabe también, no sólo que siempre puede levantarse —con la ayuda de Dios— y recuperar su dignidad interior, sino también que el mundo puede avanzar —aunque también puede retroceder— en el reconocimiento efectivo de la dignidad exterior del hombre por parte de otros hombres.

Juan Pablo II titula con esta interrogación uno de los más dramáticos párrafos de su encíclica **Redemptor hominis**: «¿De qué tiene miedo el hombre contemporáneo?». Y responde, entre otras cosas, lo siguiente: «El hombre actual parece que está siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos, y, más aún, por el trabajo de su entendimiento y las tendencias de su voluntad». A veces esta amenaza se concreta y se mate-

rializa —y ese es el caso por ejemplo de un obrero, cuando es explotado por los poseedores del capital— en que los frutos de su trabajo le «son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido». Otras veces la amenaza es más indirecta y sutil, y tiene lugar cuando «esos frutos se vuelven contra el mismo hombre... En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia contemporánea... El hombre... vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos —naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa— puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable» (RH 14).

c) Ante esa situación surge espontáneamente la pregunta de **por qué ocurre eso**. A ella el papa aporta la siguiente respuesta: el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigiría «un desarrollo proporcional de la moral y de la ética». Sin embargo, «éste último parece haberse quedado atrás. Por eso, este programa, por lo demás tan maravilloso..., no puede menos de engendrar múltiples inquietudes». Los seres humanos deberíamos pues hacernos, ulteriormente, con Juan Pablo II estas otras preguntas: «¿este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, hace la vida del hombre sobre la tierra, en todos sus aspectos, 'más humana' ¿La hace más digna del hombre? ¿Se está haciendo el hombre más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos? ¿Prevalece... en el mundo del hombre, que en sí mismo es un mundo de bien y de mal moral, el bien sobre el mal? ¿Crecen de veras... entre los hombres el amor social, el respeto a los derechos de los demás... o, por el contrario, crecen los egoismos..., los nacionalismos exagerados..., la tendencia a dominar a otros más allá de los propios derechos y méritos legítimos y la tendencia a explotar todo el progreso material, exclusivamente con la finalidad de dominar, o sobre los demás, o en favor de tal o cual imperialismo?» (RH 15).

d) Frente a esta ambigua situación, en la que hoy vivimos inmersos y que se nos revela «como tiempo de gran progreso» pero también «como tiempo de múltiples amenazas para el hombre» (RH 16), el papa adopta una decidida y valiente postura de **defensa del hombre y de sus derechos**, defensa a veces muy concreta. Recordemos, por ejemplo, los dramáticos tratamientos del papa para que se ponga fin al terrorismo. En la misma **Redemptor hominis** Juan Pablo II se lamenta de que todavía en nuestro mundo moderno —que tanto habla de derechos del hombre— tengamos que seguir siendo «testigos de los campos

de la concentración, de la violencia, de la tortura, del terrorismo o de múltiples discriminaciones». O cuando nos dice: «El sentido esencial del Estado, como comunidad política, consiste en el hecho de que... el pueblo es soberano de su propia suerte. Este sentido no llega a realizarse si, en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esta sociedad» (RH 17).

## **La teología de Juan Pablo II**

Una vez que hemos visto —aunque muy sumariamente— lo que Juan Pablo II piensa del hombre, pasamos a analizar **su pensamiento sobre Dios**. De alguna forma se corresponde con lo anterior.

Dios es, sin duda, para Juan Pablo II, Aquel a quien nadie ha visto (cfr. Jn 1,18), Aquel «que habita en una luz inaccesible» (1 Tim 6,16) y, por tanto, El es el misterio absoluto e insondable. Pero también se trata de un misterio que ha sido manifestado y, en parte, desvelado por medio de Jesucristo y por medio de esa «revelación», que —como dice el papa— «manifiesta a Dios en el insondable misterio de su ser» (DM 2).

Pues bien, ¿qué es lo que se nos muestra en esa autorrevelación de Dios, por la que se nos manifiesta el «verdadero rostro de Dios»? ¿Cuál es el verdadero rostro de Dios?

a) El papa dice que lo que conocemos de Dios, a través de esa revelación, es, sobre todo, su «filantropía», es decir, «su relación de amor hacia el hombre» (DM 2). Dios no es, pues, el competidor del hombre, sino su amigo, el que fundamenta y enaltece su dignidad.

Vistas así las cosas, caemos en la cuenta que la primera afirmación que antes hicimos sobre el hombre se corresponde con la primera afirmación que ahora hacemos sobre Dios. Si lo primero que antes dijimos acerca del hombre es que éste es un ser digno y valioso en sí mismo, lo primero que ahora decimos sobre Dios es que El es el fundamento de esta dignidad del hombre. En efecto, cuando el papa habla del Dios Creador, se está, ante todo, refiriendo a la creación del hombre, ya que todo el resto de la creación está hecha en orden al hombre, puesto que —como antes recordábamos— para Juan Pablo II «el hombre es la única criatura que Dios ha querido para sí misma» (RH 13). Advertimos bien, qué es lo que propiamente se nos dice: no que Dios quiera al hombre para El (ya que Dios no obtiene, ni necesita, ni siquiera puede obtener del hombre ningún

provecho), sino que Dios quiere al hombre para el hombre mismo. Dios nos ama desinteresadamente para nosotros mismos y para nuestro bien, aunque ello lógicamente implique el que no nos desvinculemos de Aquel que es la raíz de nuestra grandeza y nuestra dignidad. Por eso nos creó —como recuerda una y otra vez el actual pontífice— a su imagen y para que dominásemos, como señores, el universo entero, con la única excepción del dominio sobre los otros hombres, que participan de nuestra misma dignidad (Cfr. RH 8 y LE 4,6, etc.). El hombre, en efecto, no está destinado a ser dominado, y mucho menos explotado, por el hombre, ya que todos somos «imágenes de Dios».

b) La segunda afirmación del papa sobre Dios, a la luz de la revelación, también se corresponde con su segunda afirmación acerca del hombre. De éste decía, no sólo que era un ser digno, sino también un ser débil, un ser necesitado, cuya dignidad está amenazada por enemigos exteriores e interiores y, a veces abatida y conculcada. Pues bien, a esta debilidad y a este estado de necesidad material y moral del hombre, responden —hasta en el título— esas cualidades de Dios que constituyen la esencia de las dos primeras grandes encíclicas de Juan Pablo II: Jesús, el hombre-Dios, es el **Redemptor hominis** (el redentor del hombre) y Dios es el **Dives in misericordia** (el rico en misericordia).

En el fondo las dos expresiones dicen lo mismo, aunque con diversos matices, ya que El —como dice San Pablo— nos salvó por su misericordia (Ti 3,5).

La encíclica **Redemptor hominis**, tiene, como sabemos, como centro al hombre, pero al hombre necesitado de redención y de hecho redimido y, por tanto, tiene también como centro al Redentor del hombre, sin que sea posible separar ambos aspectos. En ella, además, Juan Pablo II pone de relieve, con enorme fuerza, que la Redención es como una creación renovada, es decir, la recuperación de la dignidad humana, ya que en la presente situación (en la que esta dignidad está con frecuencia conculcada) la creación, sometida como está a la vanidad, «gime y siente dolores de parto» y «está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (RH 8).

Esta misma verdad adquiere toda su profundidad en la **Dives in misericordia** y en la caracterización y casi definición de Dios que en ella se nos hace, como Aquel que es, por antonomasia, el «rico en misericordia». En efecto, la misericordia no es —como nos insinúa el papa— sino la forma y la modalidad que adopta el amor cuando se pone «en contacto con el sufrimiento, la injusticia y la pobreza» (DM 3). La misericordia es, por tanto, el amor de Dios al hombre, cuando éste sufre y cuando padece la injusticia y la pobreza. El papa ve ya una manifestación de la misericordia de Dios en ese acontecimiento (aparentemente

de contenido temporal y socio-político) que fue la liberación de la esclavitud de Egipto. Para Juan Pablo II él constituyó sin embargo «la experiencia fundamental del pueblo elegido, vivida en tiempos del éxodo». Pero si esa experiencia es una verdadera y profunda experiencia religiosa es porque en ella Dios comenzó a manifestar su verdadero rostro, al mostrarse como el Liberador, cuando —como dice el papa— «el Señor vió la miseria de su pueblo, reducido a esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlos» (DM 4; cfr. Ex 3,7s).

Tal vez el hablar de Dios como Liberador sea una forma moderna de hablar del Dios misericordioso, con tal de que no hagamos una lectura reduccionista de ninguna de estas dos expresiones: Dios liberador y Dios rico en misericordia. Porque, como nos dice el mismo Juan Pablo II a continuación, «la miseria del hombre es también su pecado» y el pecado es sin duda el mal que más íntimamente amenaza al hombre; más aún, el único que puede vulnerar interiormente su dignidad.

---

Al llegar aquí hemos cumplido ya básicamente nuestro propósito de sintetizar el pensamiento de Juan Pablo II sobre el hombre y sobre Dios. Antes de completarlo con algunas otras consideraciones, tal vez convenga **resumir** todo lo dicho hasta ahora en estas dos frases.

1.º El hombre es un ser personal, cuya grandeza y cuya dignidad nunca pueden perderse: por tanto, siempre ha de ser respetado. Pero, al mismo tiempo, esa dignidad y esa grandeza están siempre amenazadas por múltiples peligros interiores y exteriores; más aún, con demasiada frecuencia esa dignidad queda exteriormente pisoteada y oprimida por diversas circunstancias que tienen, casi siempre, su última raíz en el egoísmo o la indiferencia de otros hombres; por si fuera poco, esa dignidad está además con frecuencia herida, en su propio interior, por el pecado personal de cada hombre.

2.º En paralelismo con esa imagen del hombre, Juan Pablo II, apoyándose en la revelación, nos muestra en primer lugar a Dios, y, ante todo, a Dios en cuanto Creador, como el **amigo del hombre** y el fundamento y raíz de su inamisible dignidad. Pero, en segundo lugar, nos lo muestra como el Redentor del hombre caído, como el Dios rico en misericordia, el Dios que nos sostiene en nuestra debilidad y nos sigue amando, en nuestros sufrimientos, en nuestra opresión y en nuestro pecado y que, por tanto, se muestra y actúa en la historia como el Liberador integral de una y otra miseria: de la miseria temporal y física y de la miseria moral del pecado.

## La cristología de Juan Pablo II

Demos ahora un paso adelante. Porque, aunque (como acabo de afirmar) ya queda aquí suficientemente resumido el pensamiento de Juan Pablo II sobre Dios y sobre el hombre (es decir, su teología y su antropología), dicho pensamiento quedaría esencialmente mutilado si no lo pusiésemos en relación con su forma de concebir a Jesucristo (es decir, con su **cristología**).

a) En efecto, una de las ideas más queridas a Juan Pablo II es la que se encierra en el siguiente texto del Concilio Vaticano II, que él cita en la **Redemptor hominis**: «En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (RH 8). Dos cosas se nos dicen en esta importante frase. La primera, que —como se afirma más adelante en la misma encíclica— el hombre «permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa de él plenamente. Por eso precisamente Cristo Redentor... revela plenamente el hombre al mismo hombre». Lo segundo que se nos dice en esa frase es que esta **revelación del hombre al hombre** por medio de Jesús se hace en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor. Por lo tanto, conocer a Cristo es, a la vez, conocernos a nosotros mismos y conocer al Padre; es, consiguientemente, conocer nuestra dignidad y conocer al Dios que nos ama, como fundamento de nuestra dignidad y de nuestra salvación.

b) Esta idea es retomada por Juan Pablo II en otras muchas ocasiones. Por ejemplo, en el siguiente texto de la **Dives in misericordia**: «En Cristo Jesús, toda vía hacia el hombre, cual le ha sido confiado una vez por siempre a la Iglesia en el mutable contexto de los tiempos, es simultáneamente un caminar al encuentro con el Padre y su amor». Por ello, sigue diciendo, «cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús».

Esto me parece enormemente importante para la vida práctica de la Iglesia de hoy. Posiblemente uno de los grandes males de la Iglesia hoy es que nos hemos dividido en espiritualistas y temporalistas. A unos el descubrimiento de que no hay verdadero Cristianismo sin amor eficaz al hombre, parece que les lleva a la aberración de un Cristianismo sin oración, sin preocupación por la pureza del corazón, sin vida interior y hasta sin Dios. A otros, la reacción contra

los excesos de este temporalismo los mantiene encerrados en la ilusión de que se puede ser espiritual y se puede amar a Dios sin preocuparse eficazmente del bien de los hombres y de la mejora, incluso temporal, de este mundo. Pero los que así piensan no aman ni hacen oración a Dios, sino a un ídolo que en ellos se han construido, porque, como nos dice S. Juan, el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.

Y esto es lo que también nos afirma Juan Pablo II con las siguientes palabras: «Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer, el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda» (DM 1).

c) Por todo ello, como también se nos dice en uno de los párrafos centrales de la **Redemptor hominis**, al que luego volveremos, «el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser, inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo... Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si actúa en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador si ha 'merecido tener tan grande Redentor', si 'Dios ha dado a su Hijo', a fin de que él, el hombre, 'no muera, sino que tenga la vida eterna'!» (RH 10).

## Conclusión

Las palabras que acabamos de transcribir, tomadas de la **Redemptor hominis**, nos dan ocasión para concluir esta sencilla exposición sistémica (acerca del pensamiento de Juan Pablo II sobre el hombre y sobre Dios, pero ambos vistos en y a través de Jesucristo) haciendo caer en la cuenta a nuestros lectores de que en cada una de sus grandes encíclicas existen unos párrafos, que —en nuestra opinión— constituyen el foco religioso de inspiración de toda la enseñanza que en ellas se contiene.

a) Dicho párrafo en la **Redemptor hominis** es el ya iniciado al final del apartado anterior, fundamentando en Cristo la grandeza y la valía del hombre, y que continúa así:

«En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizá aún más, 'en el mundo contemporáneo'» (RH 10).

b) Ese Evangelio de la dignidad del hombre, vista a nueva luz en la persona de Cristo, constituye también el punto fundamental de la encíclica **Laborem exercens**. Lo que en ella hace básicamente Juan Pablo II, como contrapeso a la magnitud existencial del peligro de cosificación que amenaza siempre a los hombres en la realidad del trabajo a causa del egoísmo de otros hombres, es proclamar con enorme energía lo que él llama el «Evangelio del trabajo», esbozado ya en el Génesis, al presentarnos la persona humana como la «imagen de Dios» y «como el que domina» (LE 6 b c), pero consumado sobre todo en el hecho de que «Aquel **que siendo Dios** se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de su vida **al trabajo manual**». Se puso así de manifiesto para siempre que «el fundamento para determinar el valor del trabajo humano no es, en primer lugar, el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona» (LE 6 e) y —como «una consecuencia muy importante de naturaleza ética»— la de que «el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo» (LE 6 f).

c) En cuanto a la **Dives in misericordia**, opinamos que los párrafos que mejor reflejan ese foco de inspiración religiosa de todo el documento a que antes aludíamos, son los que tratan sobre la parábola del hijo pródigo (DM 5 y 6). En ellos el tema de la dignidad humana queda iluminado por el del amor misericordioso de Dios. A pesar de su relativa longitud transcribimos aquí para terminar las frases más importantes:

«Aquel hijo, que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, viviendo disolutamente, es, en cierto sentido, el hombre de todos los tiempos comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y la justicia original».

«El patrimonio que había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales era **su dignidad de hijo en la casa paterna**. La situación en que llegó a encontrarse cuando ya había perdido los bienes materiales, le debía hacer consciente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad. El no había pensado en ello anteriormente, cuando pidió a su padre que le diese la parte de patrimonio que le correspondía, con el fin de marcharse. Y parece que tampoco sea consciente ahora, cuando se dice a sí mismo: '¡Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan en abun-

dancia y yo aquí me muero de hambre!». El se mide a sí mismo con el metro de los bienes que había perdido y que ya 'no posee', mientras que los asalariados en casa de su padre los 'poseen'. Estas palabras se refieren ante todo a una relación con los bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder».

«Es entonces cuando toma la decisión: 'Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros'. Palabras estas que revelan más a fondo el problema central. A través de la compleja situación material, en que el hijo pródigo había llegado a encontrarse debido a su ligereza, a causa del pecado, había ido madurando el sentido de la dignidad perdida».

«Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercenario en la casa de su padre. Su decisión es tomada en plena conciencia de lo que merece y de aquello a lo que puede aún tener derecho según las normas de la justicia. Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre. Con esta decisión emprende el camino» (DM 5).

«El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola...»

«Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y 'revalorizado'. El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido 'hallado de nuevo' y por 'haber resucitado'. Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo» (DM 6).

**Matías García Gómez**